

Raúl Eduardo González

Creo que la idea fue originalmente de nuestra maestra y directora Margit Frenk, para variar: hacer un número doble para conmemorar los 10 años de la *Revista de Literaturas Populares*; por primera vez un número monográfico, cuyo tema abarcara no una sección ni un apartado en particular, sino la totalidad de las tres secciones que conforman la revista (documentos, estudios y reseñas). El décimo volumen, números 1 y 2, estaría dedicado por entero a un tema, asimismo propuesto por ella, que incluso al ser moneda de curso corriente en voz de músicos, folcloristas, musicólogos, antropólogos, historiadores y otros estudiosos, sobre



el que ha corrido alguna tinta en los últimos 40 años o algo así, hasta el día de hoy no tenía, que yo sepa, una colección del tipo que presentamos este día, que sin agotar el tema ni pretender hacerlo muestra un panorama singular de los sones de México.

¿Por qué el son?, nos podríamos preguntar, y podríamos preguntarle a Margit; de entrada, yo no sé la respuesta, pero sí puedo decir que la idea fue estupenda. Ella casi tenía en mente, puedo asegurar, lo que sería la revista, pero la posibilidad de concretarla fue un bello proceso, de poco más de un año, en que los miembros del comité de redacción propusimos los nombres de los posibles colaboradores, nos comunicamos con ellos, los invitamos y nos mantuvimos en contacto, y todo lo que viene con preparar un volumen colectivo. La coordinación general recayó en Rosa Virginia y en mí, pero debo decir que fue fundamental el apoyo de Santiago Cortés, secretario de redacción de la revista, el

de Berenice Granados, el de Gabriela Nava y, por supuesto, el de Margit Frenk, quien fue dando las directrices más importantes para conducir la labor. En el comité de redacción que ella ha conjuntado con su liderazgo innegable trabajamos en un ambiente cordial y con un espíritu de equipo, y en realidad la colaboración de todos fue importante para la edición del presente volumen, como lo ha sido a lo largo de 10 años y 20 números: se dice fácil, pero mantener en México una publicación académica que aparezca con puntualidad por una década no es algo que se dé en maceta.

Los autores a quienes invitamos se sumaron al proyecto, con más prontitud o calma, pero todos con muy buen ánimo. Como lo señalamos en el texto de “Presentación” al inicio del volumen, la respuesta rebasó nuestras expectativas, al grado de que tuvimos que dejar fuera algunos textos por cuestiones de espacio o porque la atención a los sones de alguna región llegaba a desbalancear un poco el panorama. De cualquier manera, como se imaginarán, sucedió: el son jarocho y el huasteco, que gozan de gran popularidad por la promoción, la ejecución y el estudio de que son objeto, resultaron los géneros más atendidos; los sones del occidente del país no se quedaron tan atrás, pero no contamos, por ejemplo, con trabajos sobre los sones tixtlecos de tarima o sobre los sones calentanos del Balsas.

El abanico de disciplinas fue mucho más abierto; tradicionalmente, la revista publica sobre todo textos de tradición oral o escritos para la lectura popular, estudios sobre este tipo de literatura y reseñas de libros sobre el tema; de manera excepcional, los textos literarios quedan al margen de las colaboraciones. Teníamos claro que esta vez debíamos ser más incluyentes para dar cuenta de las múltiples dimensiones que se actualizan en los sones mexicanos: ciertamente, la literatura aparece en primer término, con la poesía de los sones, que quedó bien ilustrada aquí –desde la época colonial, con el documento de coplas novohispanas

presentado por Mariana Maserá, Anastasia Krutitskaya y Caterina Camastra, pasando por las coplas de la Huasteca poblana, las de los sones nuevos de occidente, las de la Sierra Gorda y la costa de Veracruz–, pero no contamos –algo que nos habíamos propuesto al inicio– con cuentos y leyendas sobre música y músicos, y sí en cambio con los refranes relativos al tema, que Nieves Rodríguez recuperó del refranero mexicano actual y del peninsular del Siglo de Oro. Mención aparte merecen los relatos míticos de San Luis Potosí que Víctor Hernández cita en su estudio sobre la etnolaudería, otra de las dimensiones del son –en este caso, del son de costumbre–, la cual quedó cubierta con su sugerente estudio.

El otro que se salió del huacal en forma maravillosa fue César Hernández, quien presenta una descripción etnográfica del ritual de curación teenek con las danzas Pulikson y Tzacamson. Junto con Víctor, César muestra la vertiente indígena del son y sus alcances míticos y rituales, algo que ni siquiera puede soslayarse en el caso del son mestizo rural, al que se refiere en un interesante estudio histórico Ricardo Pérez Montfort al hablar sobre los cronistas del Sotavento veracruzano, quienes en diarios locales y nacionales manifestaron en prosa y en verso, a mediados del siglo pasado, cómo los sones jarochos eran y siguen siendo para los cuenqueños un elemento de identidad.

Con un pie en el campo y otro en la ciudad, Jessica Gottfried revisa el papel de los estudiosos de los sones de fandango o huapango, Baqueiro Foster y Téllez Girón, mientras que el antropólogo Jesús Jáuregui va de las fuentes coloniales a la información periodística de nuestros días, de México y el extranjero, y documenta con variados testimonios su interesante reflexión en su estudio, que podríamos considerar, parafraseando a don Luis González, la historia universal del son de *La negra*. A la migración de los sones mexicanos y los efectos de los medios masivos de comunicación en éstos se refiere Raquel Paraíso, para perfilar un

retrato de la llamada globalización, mientras que Marco Antonio Molina reflexiona, en una perspectiva de la ejecución musical, festiva y poética, sobre la justa de la *topada*.

Y si los textos y los estudios muestran esta diversidad, no se quedan atrás las reseñas, con la novedad en este número doble de que no sólo se refieren a libros, sino también, por supuesto, a discos, aparecidos unos y otros en el último lustro; los primeros, con estudios y recopilaciones de sones; los segundos, en dos vertientes: la de los registros de campo debidos a folcloristas –como Thomas Stanford, a quien los interesados en los sones y en la música mexicana debemos tanto– e incluso a promotores culturales –como Amparo Sevilla y Rodolfo Candelas– y la de los músicos que siguen aportando nuevos sones o reinterpretando los tradicionales –como Los Microsónicos, Son de Madera y Jorge Morenos, nuevo viejo amigo de la revista.

A todo lo anterior hay que agregar las reproducciones de sus grabados que gentilmente proporcionó Alec Dempster para ilustrar las páginas que abren cada sección y para la portada; Alec es un artista plástico cuya obra está íntimamente ligada al son jarocho y al huasteco en particular, y su buena disposición para participar en este volumen, así como la innegable calidad de su obra gráfica se suman a la calidad de las colaboraciones escritas. Como a los autores, agradecemos mucho a Alec por su colaboración desinteresada, tanto como lo hacemos esta tarde a Los Brujos de Huejutla, grandes amigos de la revista que han pregonado en huapango y coplas improvisadas la aparición de varios números.

Sin duda es rica la variedad de los sones mestizos bailables que se encuentran en nuestro país; se distinguen unos de otros por su diversidad rítmica, por el contratiempo en el canto o en el acompañamiento, por la presencia o ausencia de sesquiáltera, por el ritmo obstinado, donde lo hay, por el canto a una o dos voces, por la improvisación de coplas, por el carácter de las mismas –ya sugerente y colmado de alusiones simbóli-

cas en unos casos, directo y sin sutilezas en otros–, por las formas del zapateado, más variado o invariable. En fin, me atrevo a decir que, así como la diversidad lingüística y biológica otorgan un carácter muy especial a México, sin que pueda decirse que en términos estéticos y funcionales destaque tal o cual especie o lengua por encima de las otras, así también pasa con las tradiciones de son mestizo, las cuales hay que tratar de apreciar en su justa dimensión formal y profunda. En la variedad de nuestros sones está el gusto –bueno, y también la malagueña, la petenera...– y, más allá de las diferencias, prevalece un carácter general, ora festivo, ora de cortejo amoroso, ora de disputa poética, musical y bailable, que sin duda nos puede hacer llegar a sentir más afinidad por alguna forma en particular, pero esto ya será cosa de los géneros que se rompen.

Me parece que para dar cuenta de esta diversidad maravillosa de los sones mexicanos no bastaría con una enciclopedia, pero aquí está este volumen monográfico de la *Revista de Literaturas Populares* como una contribución que es fruto de un esfuerzo colectivo y que, estoy seguro, será del interés de muchos; en sus páginas resuenan las voces de los cantores, en conjunto con la tinta vertida por los colaboradores y con los *bites* de la versión electrónica de la revista. Entregamos gustosos este volumen conmemorativo y monográfico a los lectores tradicionales y virtuales, a ustedes, que son quienes podrán dar la última palabra.

• • •

Alejandro Martínez de la Rosa, *Jóvenes nahuas danzan su tradición. Memoria escénica de una cultura*, Morelia, Programa de Desarrollo Cultural para la Juventud-SECUM/Conaculta, 2011 (CD y DVD)

Jorge Amós Martínez Ayala\*

\* Facultad de Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

En el municipio de Aquila, en la costa de Michoacán, se encuentran las comunidades indígenas nahuas de Aquila, Pómaro, Ostula y Coire, que tienen a muchas otras como sufragáneas. Las cuatro cabeceras de comunidad tienen una rica vida ritual que se distribuye a lo largo del año y que mantiene rituales religiosos con cantos, música y danza. Algunas de ellas no tienen sacerdote y las acciones son dirigidas por uno de los cantores que realizan el canto llano a dos voces, en latín, durante los servicios religiosos. La fiesta en curso se anuncia con un recorrido de flauta de carrizo o violín



acompañados con un pequeño redoblante de factura local. Normalmente el servicio religioso no necesita al sacerdote, pero es imprescindible la participación de los cantores, quienes dirigen el coro de cantos y responsos. Por lo general también hay un conjunto que toca minuets con violín, vihuela, una tambora y un pequeño redoblante de madera de parota construida por los músicos, aunque las percusiones también se pueden sustituir por un arpa grande de tábula y parota.

Aunque John Gledhill, de la Universidad de Manchester, realizó un estudio etnohistórico sobre Ostula durante una estancia de investigación en El Colegio de Michoacán, cuyo resultado fue un libro con un DVD y un sitio web, la diversidad artística de los nahuas de la costa todavía es desconocida por la mayoría de los michoacanos; por ello es